

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL PUEBLO GRIS

He aquí un gozo á pocos comparable: hallarse por el mundo un libro tan saturado de amabilidad, tan fragante, tan lleno de luz, escrito en rima tan acorde con nuestro propio anhelo de rimar, que á medida que vamos leyéndole, vamos adoptándolo, no por amigo, por hijo predilecto, y dándole el amor que guardamos para las obras propias. Tal es para mí «El pueblo gris». Ya lo he dicho mil veces: no hay espíritu de escritor contemporáneo que ajuste mejor con el mío que el de Santiago Rusiñol. Este pintor-poeta ve el alma de las cosas como yo la veo, y cuenta lo que ha visto como yo lo quisiera contar: fresca, lozana, desenfadadamente, con esa fragancia de espontaneidad que tienen las flores recién abiertas y los pensamientos nacidos al correr de la pluma.

Santiago Rusiñol, en su literatura, ama las flores, y ama los niños, y ama la sonrisa de los jardines, y ama también las ruinas, y las nieblas y los cipreses;

todo cuanto es alegre y todo cuanto es melancólico: la naturaleza es su libro de horas y su libro de meditaciones, su lira y su salterio; y es un enamorado de las puestas de sol; comulga su alma con el gran disco rojo fugitivo, nuestra gran comunión de belleza. Poeta—quiero decirle desde aquí—, sabe que en la fiesta del atardecer, todos los días mi alma es hermana de la tuya, y mi entusiasmo rima con tu entusiasmo.

Por eso—repito—cada libro de los suyos que llega á mis manos cáusame un gozo íntimo y casi personal; alégrome de ellos como de una ventura que me aconteciese, y me complazco en poner en mi lengua castellana los conceptos que él en la suya catalana cinceló, cariciosamente, escrupulosamente, palabra por palabra y vibración por vibración—la prosa de Santiago Rusiñol vibra como una música—, cuidando de guardarles aquella pompa fresca, aquella euritmia desahogada, que es como perfume de rosas en mañana de primavera.

Yo he aprendido el catalán leyendo á Rusiñol y á Mosén Jacinto Verdaguer. Grata cosa es, por cierto, entrar en una lengua por la puerta de su poesía—janua cœli.

Dicenme que es esta lengua catalana áspera y ruda; pero yo, aun cuando sea cierto, no lo quiero creer; antes de oirla hablar, había yo leído aquellos versos y estas prosas, y habiendo gustado en unos y en otras inefables sabores de belleza, me es difícil no encontrar suave el habla que me los supo decir; sugestionanme ciertas evocadoras palabras catalanas; quisiera en cas-

tellano, en mi muy amado, muy noble y muy hermoso castellano, poder decir celiſtia, para decir resplandor de noche estrellada, y nombrar moradença á ese matiz del aire en la hora violeta del crepúsculo.

Las palabras—dice San Agustín—son vasos preciosos y exquisitos. Y pienso yo: las palabras son amigas constantes, discretas compañeras de nuestras soledades, evocadoras de músicas y de maravillosos pensamientos. Yo gozo repitiendo las palabras hermosas, como gozo mirando las flores; las hay, para endulzar las horas melancólicas, eficaces como un buen recuerdo; las hay indefinidas, como esperanzas en las cuales es el significado cosa transitoria; parece como si aquello que significan, no es lo que debieran significar; parece como si estuviesen aguardando nuevo sentido, el propio, el justo, el que con su belleza externa ha de formar rima perfecta. Hay palabras soberanas que están prostituidas con significados indignos ó vulgares; las hay que han caído de su primitiva nobleza y están villanamente obscurecidas ó deformadas por desinencias antiestéticas: y la misión de este que llaman modernismo literario, por no acertar con qué palabra despreciarle mejor, imagino que está en el trabajo de restauración, de regeneración, de reennoblecimiento de las palabras que fueron hermosas ó que ya siéndolo deben decir belleza.

Algo á manera de esto que yo digo debe pensar Santiago Rusiñol, ya que es su prosa dignificadora por esencia. Su estilo tiene la santa libertad de una fuente que brota, y dice siempre lo que quiere decir

con las palabras que él juzga propias, estén ó no estén en los diccionarios, pronúncielas ó no las pronuncie de tal suerte la sabiduría oficial, signifiquen ó no signifiquen para ella lo que el poeta—este clarísimo poeta—les dió misión de significar.

«El pueblo gris» es un libro que marca, amén de estos que voy apuntando, otro matiz en la personalidad literaria de Rusiñol: la ironía. Rusiñol es en sus «Oraciones» y en su «Jardi abandonat» poeta; es en «Anant pel mon» y en «Fulls de la vida» narrador ameno y despertador de mansas emociones; en «¡Llibertat!» y en «Cigales i formigues» ensalzador de nobles ideas, y en «L'alegría que passa» pintor con el vocablo de gayos y armoniosos aspectos de vida; en todas sus obras es consumado y amable ironista. Y más que en todas en «El pueblo gris».

Fenómeno que parece extraño y acaso es natural, aqúeste caminante de la tierra, que va rezando su oración devota y conmovida ante todas las obras de Dios, llegado al hombre trueca la oración en burla donosa, observa y socarronamente sonríe. Yo tengo en mucho esta ironía mansa de Rusiñol, que me parece como brote y retoño del árbol de la sana ironía de nuestros buenos tiempos clásicos; las sales de este moderno catalán son dignas herederas de aquellas otras que derrochó en sus obras el desenfadado madrileño que tuvo por nombre Francisco de Quevedo y Villegas. Hállolas semejantes en procedimiento y frescura: en este libro de que ahora estoy queriendo hablar hay de tal remembranza hartos ejemplos; el capítulo

«Las viejas», aquel de «El mal de pueblo», en el cual se describe el pendón temeroso y espeluznante «tan fe-roz, tan macabro, tan de cementerio, tan de ajusticiado, tan de congregación de una sangre coagulada por el tiempo y por el Santo Oficio, de tono indefinible, de color violeta desteñida con tornasoles de hoja seca, de polvoriento de desván, de humedad de subterráneo, de lividez de reliquia, de desteñido de traje de vitrina, de sudor de enfermedad, y todo el mate como una sombra gris, y seguido por las viejas como si las guiase á la muerte, á una muerte segura, á una muerte sin vistas á ninguna parte».

«El pueblo gris» es todo Rusiñol: evocador de cosas por tantos entrevistas y definidas por tan pocos—esa sensación de la vida gris surgiendo de la visión de un pueblo abrasado por las lumbres de un sol canicular—tierno á las veces—, «La noche del amor»—compasivo no pocas—, «El canto de la trilla», «El jefe de estación»—irónico, irónico, irónico siempre—, «El santo patrón», «La fiesta mayor», «El Pensil», «Las moscas», «El mal de pueblo» ya citado, que es como resumen y alma del libro.

Digo que «El pueblo gris» es todo Rusiñol, y es decir no poco, puesto que el alma de este poeta es prodigio de multiforme sutilidad activa, siempre y siempre alerta, escudriñadora por naturaleza, vibradora por esencia, reflejadora entusiasta de toda bendición de Dios, y misericordiosa con todo maleficio.

Cuando por los caminos de la vida se encuentra la belleza, canta como niño con alegría fresca; ¡cuántos

rayos de sol lleva encendidos alma adentro! Cuando se halla con la melancolía, la honra como poeta, y sobriamente—con sola una palabra tantas veces—deja ese encanto impreso y comunica la magia triste de su emoción. Sonríe finamente á los abismos de la humana estulticie, y tiene una risa de aguda insolencia funambulesca para los malos vicios de las gentes sensatas, que hiera á un tiempo como puñal y como látigo. Rusiñol no habla nunca de moral, y es, sin embargo, formidable moralista, que va cauterizando las miserias del hombre con sales de ridículo. Hay en «El pueblo gris» tres páginas punzantes, zaheridoras de una miseria negra, que llevan en la ligereza del zumbón estilo toda la amargura del más amargo desgarramiento; están estas páginas en el capítulo que se dice: «El concierto», aquel concierto macabro del piano que plañe y del idiota que se desgañita; del padre del cantor que se esponja de orgullo, y de aquellos hombres-bestias que se refocilan oyendo, y que hasta envidian al infeliz porque su idiotéz puede servirle para ganar ricamente la vida.

Todos deben leerle, este libro. Hecho por un artista y para artistas, han de gozarle ellos porque dice cosas recónditas y descubre delicadamente repliegues sólo de ellos conocidos. La fina sensibilidad del autor ha tejido una trama de matices sutiles, una psicología de intelectual que tiene todo el interés de un estudio científico: «De cómo un artista ve un pueblo y de por qué le encuentra gris.» Caso es éste tan digno de interés como el caso de cómo una mujer engaña á su marido

ó viceversa, y hasta más lleno de novedad que éste del adulterio, por ejemplo, ya por ventura un tanto trastrochado.

Y deben los no artistas leer también «El pueblo gris», porque la sana prosa en que su autor le ha escrito, goza por natural la misma condición de la Naturaleza; á todos gusta, aunque no todos lleguen á penetrar su sentido, ni sepan gozarla faceta por faceta y matiz por matiz.

«El pueblo gris» tiene el encanto de un cuento de primavera contado en el atardecer de un día de otoño.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEJANDRO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

AL LECTOR

Mi pueblo gris es uno de tantos pueblos habitados, pero poco habitables, que, porque tienen paisaje á lo lejos, y allí á lo lejos no hay ningún otro pueblo cerca, hemos de gozar por fuerza su bien de Dios de poesía, los que queremos hacer de paisajistas.

No quieras ver en él, este pueblo, ni el otro, ni el de más allá. Es extracto de pueblo, es pueblo concentrado, pueblo de los que no tienen más ni menos, de los del montón y de la carretera.

El mundo está lleno de estos pueblos. Varían de posición en el yacer, pero todos yacen; varían de especie de aletargamiento, pero todos están tocados de él; tienen costumbres más ó menos típicas, pero todos duermen igual, trabajan de la misma manera, están condenados

á la condena más triste: á no tener grandes alegrías, pero tampoco grandes y hondas y hermosas tristezas, y á vivir y á vivir, y sobre todo á más vivir.

Acaso te parecerá que muchas veces exagero y cargo demasiado el cuadro; es muy probable. No me propongo hacer retratos de *parecido garantizado*; pero para una vez que yo le cargue, el pueblo carga diez... y callo, y he callado, y he tenido paciencia para no ofender amores rurales, y por respeto al paisaje.

Acaso también encontrarás—tantas cosas encontrarás si miras sutilmente—que tomo á broma cosas que te parecerán muy serias, pero piensa que quien ha tenido que tomar en serio tanta bestialidades serias, durante tantos y tantos meses de paciencia obligatoria, tiene derechos adquiridos y respetables á un poco de desfogamiento. Hay tan pocos momentos en la vida en que se pueda reír *verídicamente*, en que valga la pena de gastar seriedad auténtica sin que nos tomen por otro, sin que nos tomen por formales de oficio, por formales *voluntarios*, por reformales de esos que se ganan la vidita tomando la formalidad como estamento provechoso que les llena de pies á cabeza de las admiraciones de los necios, tan hermosos

y abundantes en estos pueblos de casas, en los que hay que andar mucho si se quieren distinguir las distancias.

El hablar seriamente á todas horas está desacreditado. Todos los trapaceros, todos los tontos, todos los benditos se han dedicado á hablar así siempre y han echado á perder el oficio. Ya sabemos que las emociones de llorar son las que más valen la pena en toda la extensión del planeta. Tú, lo mismo que yo, te acordarás de unos brotes de emoción de cuando eras criatura, y no te acordarás de diez años de *edad media*, de aquellos años tan nebulosos, según dicen los historiadores de emociones; te acordarás más de cierto beso dado según á quién y según cómo, que de diez años de vagancia de besos, más de un amigo muerto que de diez vivos, más de lo que te ha hecho sufrir que de lo que te ha hecho pasar un buen rato; pero de todas estas tonterías han hecho tan buen uso los serios oficiales, que hay que andarse con pies de plomo para volverlas á sacar á luz, primeramente porque esta clase de seriedad podría volvésete crónica, y segundamente porque, sin proponértelo tú mismo, el uso continuado de esta clase de ejercicio te podría llevar á ser Ministro ó alguna cosa

peor; y después, porque el día en que quisieses soltar una risa bien abierta no tendrías cuerdas reidoras; que al hombre que no hace uso del reír, Nuestro Señor le seca y se queda hecho un Senador de los de la clase vitalicia.

Yo puedo decirte, sin ir más lejos, que á mí mismo, ¡pobre de mí!, porque estuve un poco tiempo quieto, si me descuido me hacen hijo adoptivo, y me costó hartolibrarme de ello; que otra vez, también tomándome por otro, me querían hacer Concejal de uno de estos pueblos tan grises; y que si no he tenido ninguna desgracia de éstas, ha sido cuidándome la broma y vigilando á los bromistas que la practican con cara seria.

Pero dejándonos de enredos, tú puedes decirme: "Pero ¿es que no se pasan horas buenas en los pueblos?," Acaso sí. Es cuestión de encarnadura. Yo he escrito las que he pasado: ni demasiado buenas, ni demasiado dolientes—y de eso me quejo—; ni demasiado obscuras, ni demasiado claras; ni frías ni calientes; ni largas ni cortas; como todo lo de esos pueblos. Horas de reloj de sol, horas de campana de pueblo, horas de demasiada paz y de demasiado reposo á todas horas. Quien lo haya sentido de otra manera, que lo escriba, que en el mundo no falta tinta.

No sé si la que he empleado yo será demasiado descolorida para dar justo el tono del pueblo.

Si logro adormecerte—y tengo motivos para creer que lo lograré—ya habré logrado mucho; habré logrado comunicarte un poco del mal de pueblo que cogí en los pueblos.

Y no creas que te quiero mal. Tú, lector, no eres de compadecer. Yo sí que lo era: yo no podía marcharme del pueblo, y tú te puedes marchar del libro, plantándole donde te canses y no volviéndote á acordar más de él.

Este es el consejo que te doy, y además te daré otro, los dos por el mismo precio del libro. Si no te agrada y te amodorra y tienes un amigo á quien quieras aburrir, déjasele. Él no tendrá que pedirte prestado, tú no tendrás que pedirle que te le devuelva, y de paso ya estás vengado; me le dejas con un fastidio de pueblo que no se le vuelve á quitar de encima.

EL PUEBLO

El pueblo á que había ido á parar era de esos que te he dicho, lector. Era ni sí ni no, como tantos y tantos pueblos que se encuentran allí donde hay tierra que labrar, una iglesia para ir á misa, una carretera para ir de un lado á otro, y un cementerio para ir sin falta por el camino de la muerte, que es el único por el que se va derecho.

En este pueblo, además de la carretera, pasaba el ferrocarril. Eso sí: pasaba sin que el mismo ferrocarril se enterase de que existía pueblo, y sin que los del pueblo se enterasen de que más abajo habían puesto una estación, donde todos los trenes se detenían, donde todos pasaban deprisa, donde ni tocaban la campana, donde ni la máquina tenía la cortesía de silbar al verse cerca de una estación de quinta clase, plantada entre un bosque de pinos, un cañaveral y un terraplén, dejada allí para marcar el kilómetro *tantos*, para poner un guarda-

agujas, el huerto del guardaagujas, y la mujer y los hijos del guardaagujas, y el pobre Jefe de estación, un buen señor de edad regular que pasaba la vaga y monótona y hartó sosegada vida mirando á todas horas el reloj y poniéndose y quitándose una levita.

Saliendo de la estación, á cosa de un cuartito de hora de camino, se encontraba una cruz de término, medio gótica, medio renacimiento, medio carcomida, medio rota y con tres escalones, muchos cardos y hierba pisoteada y seca. Después se encontraba un sol que caía como una bendición de Dios, después baches, después más baches y más sol, después dos ringleras de álamos polvorientos, más polvo, mucho más polvo, y en medio de la polvareda una cosa que parecía hecha de juncos y fango seco, con unos encañados encima de aquella misma pasta, y debajo dos hombres con gorra de galones, pero sucios, mal encarados, con el bigote encerado con pomada, y con más polvo, y un pincho largo en las manos, haciendo detener á los que pasaban para pincharles la ropa y para que les diesen los buenos días.

Después se entraba en el pueblo. Un pueblo que todavía no era pueblo. Unas casas todas iguales, todas con un piso, todas amarillas del hálito del sol y del sudor de la carretera: todas semejantes, con la grava entrando dentro de los portales, los escombros cayendo sobre la grava, y el camino, en medio de las casas, de una blancura asfixiante,

blanca y gris como el vaho de un horno de cal. No se veía á nadie por las puertas; las ventanas estaban cerradas; los chiquillos debían estar en la parte de atrás; los perros se echaban á la sombra de los montones de grava, bostezando y abriendo y cerrando los ojos, y el único ruido que se oía al entrar era ese ruido que se oye en todos los pueblos tranquilos: el tintinear acompasado de algún yunque, ese tintinear tan aletargado, tan melancólico, ese tintinear que tantas ganas da de no entrar y de marcharse en seguida; ese tintinear que parece el toque de oración del trabajo, el *ángelus* de la actividad, el compás del pueblo, el reloj de la faena, que va contando los martillazos que faltan para dejar el trabajo, para dejar el producto y para vivir con todo el cansancio del trabajo de cada día.

La carretera se estrechaba, avanzando hacia adentro. Salían calles á cada lado, y el pueblo, con las casas ya un poco más altas, con barbacana, con balcones y hasta con alguna tienda, era un poco más pueblo. Aún, al pasar por entre las puertas medio entornadas, se oía el tic-tac de un telar de mano, acompasado y rimado como el mecerse de una cuna; aún se oía el yunque; pero ya el polvo era más grava, ya había hasta alguna persiana, y atravesaba la calle alguna que otra figura. Una mujer con capucha, dos á pelo, dos criaturas calzadas, cinco descalzas, un mendigo, y hasta hombres, que no siendo la hora de ir al trabajo,

ni la de dejarlo, hacía muy extraño verlos correr.

Después ya estábamos en la calle Mayor. La misma carretera, al estrecharse, se había tornado calle Mayor; porque en el pueblo aquél, como en tantos otros, cuanto más se estrechan las calles más mayores se tornan. No era mucho más animada que las menores; pero allí había hasta sospechas de empedrado, aceras, faroles á cada dos esquinas, y más de una docena de acacias viviendo dentro de una pollera de cañas, con un plumerito de verdor que daba gran alegría campestre y redondelitos de sombra á los escaparates de las tiendas. Allí, por ser el centro mayor, estaban las mejores tiendas, y todas eran eclécticas. Allí el confitero vendía fuegos artificiales, tocino fresco, cigarros sin frescura, agujas de hacer media, aceite y hierbas; y el quincallero, con su gran tienda con dos cristales casi de una pieza, vendía aperos de labor, cosas de comer, cosas de beber, y caprichos; el tendero de ropas, hasta vendía ropas; el carnicero carne, dos días á la semana, y el zapatero remiendos de suelas, de medias suelas, y utilizaba hasta hacer cuartos y octavos de suela.

Pero, eso sí: la tienda que se llevaba la palma era *la Botica*, ó por buen nombre, el boticario. Tenía de todo, y hasta parecía imposible que hubiese tantos males para tantos remedios, y todos en latín, para que los curasen más deprisa. Dentro, en aquellos tarritos barnizados y en aquellas estan-

terías de vidrio, daba grima pensar los venenos que había, y ni el mismo boticario los podía recordar todos, y tenía que llamar á la *propia*, que tenía más memoria. Allí estaba toda la escala cromática de unturas y todos los tonos de los elixires; pero los remedios más seguros y más de lujo, los que hacían detenerse á más gentes, aunque no estuviesen enfermas ni tuviesen intención de estarlo, eran los del escaparate de la puerta. No faltaba allí nada; montañas de píldoras, de esas que se han de tomar con tanto cuidado y por medias horas; aguas de milagro; medicinas concentradas de esas que si se toma una gota curan de repente, y si se toman dos matan todavía más de repente; pastillas para todos los caprichos de la tos; el ramo de los cremor-tártaros, piedras azules, piedras amarillas, piedras naturales y piedras calculosas; todo colocado con abundancia curativa, con orden y aseo; y presidiendo aquel altar de enfermos y sospechosos, un globo de luz *de agua verde* y un tubo delante con la propia solitaria, la solitaria natural, con cabeza y todo, intacta, tranquila, reposada, como si fuese el símbolo difunto de la quietud del pueblo.

Después, saliendo de aquel asomo de *progreso*, el pueblo se tornaba otra vez carretera. Se encontraba la plaza, bastante amplia, si se quiere demasiado amplia para tanta quietud, con soporales, con un reloj de sol, con dos balconajes y fuente de agua todo lo viva que se podía pedir; pero ni la viveza del agua, ni la Casa de la Villa.

ni el estanco, le daban alegría ninguna. La plaza estaba muerta; era demasiada plaza, sobraba en ella sol, sobraba terreno, sobraba hierba y sobraba plaza. Nunca los viejos la habían podido ver llena, y el forastero que llegaba, no sólo no la veía llena, sino que no tenía ganas de ayudar á llenarla. Huía, buscaba calles más íntimas, más alegres ó más tristes, y... ¡ay!... no las encontraba. Todas eran medias calles, ni anchas ni estrechas, ni viejas ni nuevas, ni antiguas ni modernas, ni con la blancura de juventud ni con la pátina de vejez. Nada: un pueblo como casi todos; simétrico, urbano, casi nuevo, casi viejo, frío, municipal, sereno, laico, concejal; un pueblo frutal que no ha florecido; un pueblo verdura donde había de curarme por medio de la tranquilidad de toda clase de nervios.

¿Y la iglesia? La iglesia era del mismo orden de la plaza; una iglesia con más orden administrativo que orden de arquitectura; una iglesia con demasiado orden y poca belleza; un caserón grande para almacenar altares, pero no para anidar misticismo. La puerta era una cantera, un monte de losas amontonadas, con unos zócalos por columnas; los altares, montañas de madera dorada, con los santos sosteniéndose sobre la madera porque eran santos y podían hacer milagros; las paredes estucadas; el techo más estucado que las paredes; las vidrieras con esa claridad blanca que tienen los almacenes de tejidos, los bancos y las casas de salud; y toda la iglesia, una sala añoradiza, donde

el devoto que entraba tenía que llevar la devoción, porque no la encontraba allí dentro.

Por lo demás, fuera del cementerio, más cementerio que en ninguna parte; fuera de la Casa de la Villa, polvorienta y desencuadrada, porque casa de que todos se cuidan, no la cuida nadie; del archivo, comedero de las ratas, esparcimiento de los escarabajos y tormento de los solitarios y maniáticos y bondadosos y tristes entrometidos ilustres que á veces le revolvieron; del matadero, que era de los menos asesinos, no por virtud, sino por falta de consumo; de la escuela pública, de las menos concurridas, tampoco por virtud, sino por pocas ganas de aprender; de los casinos, salas de dormir, guaridas de política, sitios de tomar el café más ó menos cargado, según como lo manda el partido, nada más se podía visitar en aquel pueblo de sosiego. Lo otro, era como los otros, y la vida se deslizaba siempre mansa, sin que las pasiones sobrenadasen, aunque anduviesen por dentro del agua.

Era un pueblo como los demás. Natural, sin historia, con muy poco presente, y no digo sin porvenir, porque no quiero echar horóscopos. Era uno de tantos. Uno de tantos pueblos que forman la vida normal de nuestro divertido ó triste ó serio ó alegre planeta, según por el lado que se le mire. Tenía bastantes cosas seguras: el sol, el polvo, el trabajo, la muerte; muchas inseguras: la lluvia, la felicidad, la suerte y la vida; muchas para ir tiran-

do, sin hundirse en ellas y sin vivir desazonados; y una por siempre asegurada: la pereza, la dicha-pereza, la indolencia, la calma dulcísima de esperar lo que venga, el aburrimento bienaventurado, que no solamente incita los sueños, sino que al sueño le hace más sueño, y convierte en sueño la vida. Todo el pueblo vivía del trabajo de cada día, con constancia, con tozudería y con tradición; todos sentían la alegría si ella llamaba á la puerta; todos sabían la tristeza, porque hartó á menudo llamaba; pero el símbolo no era el vivir unos para otros, el amarse, el acompañarse, el protegerse y el complacerse: así lo hacían, pero lo hacían por egoísmo. El símbolo del pueblo parecía ser la solitaria, aquella solitaria del globo que, cuando todo era sombra en el pueblo, aún se veía verde-guear, como un alga terapéutica, detrás del globo verde de casa del boticario.

EL BECO

Al llegar había dicho al tartanero:

—¿Cuál es la mejor fonda, muchacho?

—No hay más que una, señor.

—Entonces, no escojamos, y llévame á ella.

—Le llaman en *cal* Beco.

—No importa. Vamos á *cal* Beco.

Llegamos allá, y el Beco en persona salió á recibirnos á la entrada, una entrada con ese olorcito á pienso que tienen esas entradas, y una escalerilla al fondo para que suban las personas.

El Beco era hombre de cincuenta años; de esos francotes, pero ásperos. Llevaba un pañuelo atado á la cabeza, alpargatas de cáñamo, una fajita muy estrecha sobre la almilla y tralla para andar por casa. Fumaba un cigarro de á cuarto, tenía aires de carretero retirado, que ha puesto fonda por ponerla, para estarse quieto, y para no andar más por las carreteras.